

LA OCAÑA LITERARIA DE FIN DE SIGLO TRAS LA HUELLA DE JORGE PACHECO QUINTERO

Mario Javier Pacheco

Panel. XIII Feria Internacional del Libro. Bogotá 30-IV-00

Gotas de miel aladas
las abejas
y el beso de la amada

La exquisitez en la forma, la profundidad en el mensaje y el acierto en la metáfora caracterizan la pluma de uno de los mejores poetas colombianos del siglo XX e indudablemente el más calificado de los vates nortesantandereanos a pesar de otros nombres no menos ilustres, jerarquizados por la crítica literaria como José Eusebio Caro, Eduardo Cote Lamus o Jorge Gaitán Durán.

«Andeles», «Entre Sombra y Espacio», «Los júbilos del Amor y Abecedario de Ausencias» condensan su producción lírica en un conjunto de libros inevitable para los amantes del verso y en una alternativa imprescindible para las noches de vigilia.

¡Dile a tu corazón inmaculado,
que si Dios permitió que me lo dieras,
tu beso no es pecado!

Igual que una acuarela perfecta, los versos de pacheco Quintero resisten la prueba del trasluz para testificar la carencia de manchas y la ausencia de giros forzados y al contrario, maravillarse de la musicalidad y los incontables y sorprendentes recursos del poeta.

¡Tus ojos verdes
no se porqué me inspiran miedo
si fueran azules, negros, cafés...
pero son verdes
y verdes se me antojan los venenos!

Pecó Jorge Pacheco Quintero en el amor por Ocaña y en permitir que su pasión por la tierra, tan desdeñada por las nuevas generaciones, se filtrara en versos que se hicieron públicos.

He pensado esta tarde en el regreso
a mi lejana y solitaria aldea,
después de haber andado tanto
escucho del retorno la música secreta
como el eco de un pétalo que cae
herido en el perfume por la ausencia

Jorge Pacheco Quintero es receptor y transmisor de esa herencia intelectual que en Ocaña se lleva como una marca de tierra, generación tras generación, y que es cultivada con

minuciosa acuciosidad por una casta de sacerdotes de las letras que convierten en santuarios momentáneos una cafetería profana, la sombra de un cocoto o el recinto de la biblioteca pública. Y es que a pesar del escándalo que la aseveración despierte entre los científicos de laboratorio, el fenómeno literario de la Ciudad del Símbolo Fállico, se reproduce genéticamente.

Desde el siglo XVII, Leonelda, hermosa bruja que a los veinte años acaudilló la primera rebelión de indígenas sometidos en América, tiñó la literatura con la magia de la leyenda y luego la historia, asombrada por las Ibáñez, que rindieron a Bolívar y Santander e inspiraron la tragedia romántica de Florentino González y Vargas Tejada, incentivaron el gusto por la investigación histórica, que encontró en ellas y muchos otros ocañeros el filón para la narrativa, el ensayo y la lírica.

En 1934 se creó el Centro de Historia de Ocaña, hoy Academia, que desplegó una increíble actividad literaria difundida a través de la Revista Hacaritama con más de tres centenares de ediciones y que tuvo su época dorada entre los años 40 y 70 cuando los artículos de Luís Eduardo Páez Courvel, Justiniano J. Páez, Mattos Hurtado y Jorge Pacheco Quintero maravillaron el mundo, pues su secretario Luís Sánchez Rizo asumió el compromiso de hacerlos leer en su menuda y sencilla presentación, por los exponentes de la intelectualidad universal de la época. España, Francia, y todo el continente americano recibía y devolvía conceptos y artículos a Ocaña, que se convirtió en una meca literaria e histórica cuya fama pesa y persiste hasta nuestros días.

En la década del 70 el turno fue para tres intelectuales, Lucio Pabón Núñez, Jorge Pacheco Quintero y Francisco Sánchez Arévalo, creadores de la Biblioteca de Autores Ocañeros con más de una veintena de obras, que tuvieron la asesoría semántica y gramatical del filólogo Ciro Alfonso Lobo Serna. Publicaron en ella escritores de la talla de Raúl y Juan Manuel Pacheco Ceballos, Manuel Benjamín Pacheco Aycardi, Ciro Osorio Quintero, Aurelio Carvajalino Cabrales, Euclides Jaime González, Marco Aurelio Carvajalino y los Felibres, Edmundo Velásquez Adolfo Milanés y Luís Tablanca, entre otros.

Luego caímos en el vacío editorial escasamente contrarrestado desde 1975 por el esfuerzo privado de dos escritores a los que incentivó el aborto de su proyecto literario «Cuadernos de Ocaña»: Jorge Meléndez Sánchez y Mario Javier Pacheco García, quienes luego de su frustrada sociedad se dieron a la tarea de sacar a la luz independientemente sus producciones, el primero de ellos con énfasis en la historia colonial y algunos libros de actualidad alcanza a la fecha unos 30 volúmenes editados y el segundo tiene publicados 40 libros, entre ellos «Historia y Geografía del Municipio de Ocaña» declarado texto oficial y «El Departamento Caro, Filosofía Política y Económica para el Sur de Bolívar, Sur del Cesar y la provincia de Ocaña» que sirvió para que 18 alcaldes de la zona en un intento de justicia separatista pretextaran la creación de un nuevo departamento, y “El Fin del Imperio Latinoamericano, La Convención de Ocaña”

Igualmente durante la década del 70 el GEO, Grupo escénico de Ocaña y el Paredón suplen las necesidades intelectuales de los jóvenes de la época con literatura y montajes teatrales novedosos e inéditos.

Irrumpe en la década del 80 la literatura infantil encarnada en Alfonso Lobo Amaya,

«Lobito» ganador del Premio Susaeta y autor de una veintena de cuentos tan solicitados por los colegios capitalinos que se ganó un espacio entre los autores más vendidos de Colombia.

Los 90 traen vientos literarios a Ocaña y se reviven los centros culturales originados en el GEO y «El Paredón» de los 70. El Aleph con Wilson Ramírez estimula la producción literaria, mientras en la Biblioteca Pública Luís Eduardo Páez García inicia los «Viernes de Cultura» acompañado por la poetisa Betsy Mendoza, de allí surgen Wilson Sánchez, con sus extraños «Poemas para el desagüe», Fabio Torrado con premio nacional de cuento, José Roperó Alsina, poeta de reconocidos méritos y Raúl Amaya Álvarez, nieto del suicida inmortal que sorprendió gratamente a los lectores con su «Tonada sin Pentagrama» escrita en el intermedio de la vocinglería de los juzgados.

Otros personajes prefirieron trasegar solitarios el camino, como Benjamín Casadiegos, que logró «La Prodigiosa Historia que nos Contaron los Abuelos» escrita por niños y bellamente editada, que mereció no solo el elogio, sino el patrocinio de Madame de Mitterrand, Primera Dama de Francia; como Álvaro Castilla, que deslumbrado por la genética del lirismo, advirtió sobre su muerte en el título de su libro «Poemas de un Desahuciado para Leer Cagando» y se quitó la vida; como Chela García Núñez, remozada por Fabio Lozano Tascón que reeditó su novela «Ayer» en una hermosa impresión, bajo el título «Recuerdos del Ayer»; como Paulino Sánchez que mezcló su extraordinaria imaginación con los acontecimientos de la historia y escribió «El Tesoro de Ambrosio Alfinger» que en un arranque de provincialismo o de precaución para trascender post mortem hizo transcribir en papel oficial y lo protocolizó por escritura pública; como Armando Jiménez desandador impenitente de bambalinas y teatrinos; como Lisandro Jácome Benavides cuya pluma coloquial desdibujó la sencillez de su paisaje y el bucolismo de su alma en «Las Espinas de la Rosa Roja» que logró publicar antes de silenciar para siempre sus palabras aromatizadas con el anís de Sanín Villa y de Jesús Cautivo; Como Alfonso y Carlos Carrascal Claro, propietarios de la más prodigiosa intelectualidad, cuyas producciones, bellísimas y de elevada factura forman parte del patrimonio folklórico de Ocaña; como Felisa Escobar Carvajalino, por el manejo puntual del término en palabras que son una paradoja entre la suavidad del sonido y lo fortísimo del mensaje, con su recreación casi onírica del ritmo, que es reconocida como una promesa de la poesía colombiana por la crítica internacional que traduce sin temor su producción; Como Jorge Serna Páez que buscó para su exilio el clima de Chinácota buscando mantener el paraíso de sus poesías, en fin, como Luís Eduardo Páez García heredero generacional de la intelectualidad de Ocaña y dueño de una extensa y valiosa obra inédita, de la cual logró imprimir en Gráficas Gutenberg «El Desfile de los Genitores» y una guía turística de Ocaña, «Leyendas y Tradiciones de Ocaña» En la Revista Colombiana del folclor aparecen muchos artículos suyos sobre costumbres y tradiciones populares de Ocaña y es actualmente el Presidente de la Academia de Historia de Ocaña.

Gráficas Gutenberg pertenece a José Luís Rincón, quien sin vocación para portar coraza ni yelmo, se convirtió en el Quijote de los escritores anteriormente mencionados, patrocinándolos en su imprenta, la misma donde se lucubra y da a luz el semanario «Ocaña 7 Días», que recoge los artículos de Armando Zúñiga Peñaranda, Luís Eduardo Páez García, Richard Haddad, Mariano Torres y Badwin Almansa, y como Carlos Jorge Vega

que fundó en 2004 el semanario “La Provincia” donde se dan cita los más importantes periodistas y escritores del momento.

No podemos en justicia dejar de mencionar el nombre de una mujer sola y de escasos recursos: María de los Angeles Sánchez que, haciendo gala de una tenacidad admirable ha logrado mantener el periódico «Rescate Ocañero» vivo y en circulación como una vitrina para escritores y periodistas de la comarca de los Caro.

En la producción ocañera abunda la referencia al entorno solariego, que contribuye a la cimentación de un sentido de pertenencia muy singular y un regionalismo sano que busca la permanencia de sus costumbres.